RESEÑAS

Alfonso Carballo, “La conversión de 1846 de la deuda inglesa y la guerra de intervención estadounidense.”

Este artículo es el único que en el número 50-51 de la revista *Estudios* del ITAM se aplica a un tema económico, circunstancia que lo hace notable en su entorno editorial, enfocado al recuerdo de la intervención norteamericana en México vista en su contexto político. Su autor, Alfonso Carballo, el más joven de los que incluyen sus participaciones en este número, fue estudiante del ITAM y es hoy graduado en Economía.

126

El hecho es digno de ser señalado porque no es frecuente. Los economistas no conceden generalmente mucho interés a los hechos históricos que les parecen excesivamente distantes de sus preocupaciones prácticas y teóricas inmersas en la urgencia y la inmediatez de lo cotidiano. Salvo honrosas excepciones, no se entretienen en descifrar las coyunturas históricas que les parecen ‘lejanas’ y de hecho se han vuelto, literalmente hablando, obsoletas cuando llegan a ser material histórico; justifican a nombre de su ‘eficiencia’ y su necesaria ‘actualización’ el desinterés que profesan por la historia perdiendo así la capacidad de recoger las enseñanzas que les podrían deparar las investigaciones de carácter histórico.

Esta situación es tanto más lamentable cuanto que en muchos casos la ‘distancia histórica’ permite percibir con nitidez el engranaje de los intereses o de las contradicciones que existieron en otros tiempos y la progresiva construcción de las combinaciones políticas, económicas o sociales que acabaron atrapando en sus redes a los actores políticos y condicionaron directa o indirectamente sus acciones.

De suerte que a la luz de las reconstrucciones históricas se pueden establecer analogías —que nunca similitudes exactas— útiles para descifrar la maraña de los hechos presentes y arriesgarse a vaticinar los escenarios futuros con un poco más de lucidez.

RESEÑAS

Si bien la construcción de ‘modelos’ es un ejercicio indispensable para el economista, preocupado de actuar con miras a un futuro más o menos inmediato. La observación del laboratorio de comportamientos humanos y de coyunturas que viene a ser la historia ofrece un territorio de estudio incomparable que es lamentable desatender. Alfonso Carballo no lo ha hecho y nos presenta una radiografía de las tormentosas negociaciones de la conversión de la deuda inglesa iniciadas en 1845 y concluidas en plena guerra entre México y los Estados Unidos el 20 de julio de 1847.

El período en cual se sitúa lo esencial de esta renegociación es particularmente inestable en la historia nacional puesto que del 6 de diciembre de 1844 al 16 de septiembre de 1847 se suceden en la silla presidencial siete personajes diferentes: José Joaquín Herrera, Mariano Paredes, Nicolás Bravo, Mariano Salas, Valentín Gómez Farías, Antonio López de Santa Anna en dos ocasiones, y Pedro María Anaya. En el mismo lapso la cartera de Hacienda cambió treinta veces de manos y aunque algunos de los elegidos reincidieron en el cargo, fue, obviamente, por muy corto tiempo.

Al trazar un historial de la evolución de esta deuda contraída en los inicios de la vida republicana de México, el artículo de Carballo establece los principales caracteres de sus sucesivas renegociaciones.

Se parte del primer préstamo obtenido en Londres en 1824, en la casa Goldschmidt y Compañía por un monto de 3,200,000 libras a una tasa de interés anual de 5% y por un lapso de treinta años. Y de un segundo préstamo obtenido al año siguiente en condiciones muy similares con la casa Barclay, Herring, Richardson y Compañía por 3,200,000 pesos, a una tasa de interés anual del 6%, y también por un plazo de treinta años. Es decir, hasta 1854 y 1855, respectivamente.

La primera renegociación, en 1837, fundió en un solo fondo las dos deudas anteriores, pero creó en él dos tipos diferentes de bonos, los ‘activos’ por un monto de 4,624,000 libras al 5% de interés anual, y por un monto igual los ‘diferidos’, que no generarían interés hasta 1847 pero que podían ser canjeados por terrenos baldíos en el norte del país, la Alta California, Nuevo México, Santa Fe, etc., ya que la intención mexicana era ganar el apoyo inglés en el asunto de Texas —que se había vuelto muy conflictivo— y buscar ayuda para frenar el expansionismo norteamericano.

En México el Congreso se demoró y la llamada ‘Guerra de los pasteles’, que enfrentó a México con el gobierno francés, impidió el restablecimiento oportuno del pago de los intereses. Por este motivo el Comité de Tenedores

RESEÑAS

de Bonos Hispanoamericanos que se había constituido en Londres, solicitó que se efectuara la capitalización de los intereses atrasados, petición que se atendió mediante un contrato celebrado en febrero de 1842 con la casa Lizardi, que era la agencia de México en Londres. Dicha casa expidió de este modo unos nuevos títulos llamados 'debenturas' por un monto de 499,000 libras.

Aquí conviene mencionar los extraños manejos de la casa Lizardi, que como se ha dicho era la agencia mexicana en Londres. A la hora de la conversión de 1837, el gobierno mexicano otorgó a Manuel Lizardi como pago de sus gestiones el 2.5% del monto de la conversión, o sea, 876,000 libras y por la capitalización de las 'debenturas' una comisión de 200,000 libras. Para cobrarse Lizardi emitió, de acuerdo con el encargado de negocios mexicano entonces designado en la capital británica, el hijo de Agustín de Iturbide, un sobrante de bonos 'activos' que no estaban autorizados, y que incrementó el monto de la deuda activa a 5,500,000 libras en lugar de las 4,623,000 que establecía la convención. Posteriormente, con el propósito de pagar los intereses de la deuda, Lizardi activó una cantidad de bonos 'diferidos' por 91,000 libras, que pertenecían a la sobreemisión de 1837. De suerte que en diciembre de 1843 Valentín Canalizo, quien en calidad de presidente interino asumía la responsabilidad del gobierno durante una de las frecuentes ausencias del poder del general Santa Anna, firmó un decreto que reconocía las cuantiosas comisiones que se había atribuido la casa Lizardi y que elevaban el total de la deuda inglesa a 10,714,000 libras. Éste es el escenario previo a la negociación que se estudia en el artículo que comentamos.

128

La acción se va a situar alternativamente en dos puntos geográficos, Londres y la ciudad de México, capitales bien disímolas en cuanto a su relevancia financiera o política, separadas además por un océano, lo que implicaba en la primera mitad del siglo XIX un tiempo considerable tanto para la circulación de las noticias y de los despachos diplomáticos, como para la transportación de las personas: de un mes a un mes y medio de navegación, según la ruta marítima escogida y las peripecias propias de cada viaje en esta época de los últimos grandes veleros y de los primeros vapores transatlánticos.

Ello explica los frecuentes 'desfases' que afectaron las negociaciones y las dinámicas tan diferentes que animaban a los actores políticos en ambos escenarios.

RESEÑAS

Por un lado se encontraba el gobierno mexicano, o mejor dicho los sucesivos gobiernos mexicanos; hemos mencionado que fueron ocho, que ofrecieron durante el período estudiado una completa ausencia de continuidad en su personal y en sus prioridades políticas, aunque todos sufrieron de un mismo mal: la incapacidad de cubrir oportunamente el servicio de las deudas contraídas, y la necesidad siempre urgente de conseguir nuevos recursos en efectivo.

Por el otro lado estaba la bolsa de Londres y su clientela de tenedores de bonos, quienes confrontados con la insolvencia crónica de los gobiernos hispano americanos habían formado un Comité de Tenedores de Bonos suficientemente organizado —de acuerdo con el artículo que comentamos— para frenar la aplicación de las iniciativas de convenio surgidas fuera de su control.

Quizás esta interpretación sea un tanto exagerada y atribuya al Comité de Tenedores de Bonos una capacidad organizativa mayor de la que efectivamente alcanzó, sin embargo es indudable que este organismo incidió en el desbaratamiento de dos de las iniciativas de convenio establecidas desde México —la de abril y la de septiembre de 1845— negociadas inicialmente en las tierras de Anáhuac entre los representantes de la casa Manning y Mackintosh y los ministros mexicanos de Hacienda de aquel momento.

Este Comité Londinense de Tenedores de Bonos fue suficientemente decidido para poner en movimiento el aparato diplomático de su país y lograr que, a mediados de 1847, el secretario del *Foreign Office*, el vizconde Palmerston, presionara oficialmente al gobierno mexicano para obtener la aprobación de la conversión negociada en Londres por el representante diplomático de México Tomás Murphy. Hay que decir que esta presión ejercida sobre el gobierno de México en plena guerra de este país con Estados Unidos fue sumamente eficaz, aunque quizás desprovista de la caballerosidad que México podía esperar, en semejante circunstancia, de una nación que hasta entonces se había declarado su amiga. En efecto, la aprobación obtenida del gobierno mexicano por el embajador británico Charles Bankhead el 20 de julio de 1847, sancionaba un convenio negociado en Londres a principios de junio de 1846 y que desde entonces el gobierno mexicano había intentado de diversas maneras desconocer.

Alrededor de los actores políticos principales —los gobiernos mexicanos por un lado y los tenedores de bonos de Londres por el otro— se mueve un mundo de intermediarios. Los funcionarios diplomáticos mexicanos en Gran Bretaña, como el hijo de Iturbide ya mencionado, o el de Valentín Gómez

RESEÑAS

Farías, que desempeñará un papel crucial en el desconocimiento del acuerdo negociado por su antecesor Tomás Murphy, o el Dr. José María Luis Mora y el cónsul general José María Mendoza. Ninguno era financiero competente, sin embargo y a pesar de recibir instrucciones contradictorias de los diferentes gobiernos que se sucedían en su país tuvieron que enfrentar directamente los reclamos, y en ocasiones la ira de los tenedores de bonos londinenses, sin disponer de directivas claras y sin contar siquiera con el respaldo seguro del aparato de gobierno de su país.

Junto a ellos se encuentran los agentes de las casas financieras que efectúan directamente las cuantiosas transacciones implicadas por los convenios negociados y sacan jugosas ventajas de ellos. Estos personajes relacionados con el agio mexicano y a veces directamente implicados en él llegan a ser arrogantes y excesivamente autónomos. Seguros de los apoyos que se han ganado con sus homólogos mexicanos o gracias a sus relaciones privadas con algunos de los personajes políticos relevantes —el general López de Santa Anna por ejemplo— hacen su propia política, emitiendo bonos clandestinos al margen de los convenios oficiales, como lo hará la casa de Lizardi en 1837, o bien negándose a entregar papeles y documentos de la deuda bajo el argumento de que no se les notificó, según lo estipulado por contrato, la noticia de su evicción, como sucederá con la casa Schneider en noviembre de 1846. Es un mundo turbio, de favores y privilegios difusos, que mezcla y confunde el interés privado con los negocios públicos y no deja de aducir en defensa de sus iniciativas dudosas el respaldo de funcionarios fácilmente sospechosos de prevaricación.

Todo este universo se mueve y se agita ante una prensa inquisitiva y a veces venal, ávida de informaciones y rumores que desencadenen campañas de opinión mañosas, con el fin de entrometerse en los juegos de poder de los distintos grupos financieros o políticos. Los tenedores de bonos, los representantes de las diferentes casas financieras, los propios diplomáticos utilizan esta prensa omnipresente para difundir o magnificar las informaciones que apoyan sus intereses o puedan causar ruinas a un rival.

En la ciudad de México también existe una estrecha simbiosis entre el cuerpo diplomático británico y los agentes de las casas financieras inglesas instaladas en el país. Éstos, a su vez, inciden en el cerrado mundo de los negocios y del agio que agrupa a las viejas y nuevas elites. En este medio las relaciones de parentesco entretejen sus propias redes de interés no siempre idénticas a la del interés nacional. Por ejemplo, bajo la presidencia de

RESEÑAS

José Joaquín de Herrera, el ministro de Hacienda Pedro Echeverría se negará a remover a Manuel Lizardi de su cargo de agente de México en Londres porque tenía nexos familiares con él. Por este motivo Echeverría fue sustituido en el desempeño de su cartera por Mariano Riva Palacio.

Asimismo fue en razón de los intereses que tenía Manuel Escandón en el asunto de la deuda como ese personaje aceptó la comisión que le encargó el gobierno mexicano en Londres para apoyar las negociaciones de Tomás Murphy con el Comité de los Tenedores de Bonos Hispanoamericanas.

En fin, lo que se refleja en los vaivenes de la negociación de la conversión de la deuda inglesa de 1846 es la profunda división entre las elites políticas del país. Frente al grupo reunido en torno al presidente Herrera, que se esforzaba por romper con los viejos vicios del agio e intentaba sanear con realismo las finanzas nacionales, se ve al polifacético grupo de Santa Anna recomponerse o desmembrarse al filo de las peripecias políticas y militares.

En un acto revelador de autoritarismo si no es que de ineptitud, —como lo asegura Alfonso Carballo (p. 46)— Valentín Gómez Farías, ministro de Hacienda del general Mariano Salas entre el 28 de agosto y el 21 de septiembre de 1846, creyó que podía deshacer el convenio negociado en Londres por Tomás Murphy porque le parecía leonino, y sin mayor miramiento desconoció la decisión aprobatoria del gobierno que le había antecedido, causando un serio daño a la confiabilidad del crédito mexicano en Inglaterra.

El artículo de Alfonso Carballo pone en evidencia todas estas complejas interrelaciones, al mismo tiempo que analiza en detalle las tres negociaciones infructuosas que antecedieron al convenio firmado por Tomás Murphy el 4 de junio de 1846 y las controversias que este propició, las cuales estuvieron estrechamente relacionadas con los enfrentamientos entre las facciones políticas mexicanas tan fuertemente agudizados por el inicio de la guerra norteamericana.

Se puede lamentar que el contexto político mexicano no esté quizás suficientemente desarrollado en el artículo que nos interesa y que la atención aportada a la situación de la Bolsa de Londres de 1847 sea más evidente y explícita que la aplicada a la coyuntura política nacional de México, apenas aludida, de pasada, las más veces. Pero éste no es un defecto sensible, a mi parecer, puesto que los demás artículos incluidos en el número 50-51 de la revista *Estudios* tratan luminosamente esta situación.

RESEÑAS

Lo que sí merece ser subrayado en el trabajo al que me refiero es la cantidad de información utilizada para su elaboración, la variedad de las fuentes consultadas, que atestigua además de un amplio registro de lecturas clásicas y recientes relativas al tema tratado, un minucioso trabajo documental con material del Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores y de microfilms procedentes del *Public Record Office* de Londres, así como una loable familiaridad con la producción de folletos y opúsculos característica de la época estudiada y del tipo de problemática abordada.

Haré una última observación para elogiar el esfuerzo por graficar la información utilizada. Éste es un procedimiento rutinario entre los economistas pero menos frecuente entre los historiadores, aun los especializados en historia económica que no recurren siempre con pertinencia a este recurso tan aleccionador cuando se usa oportunamente, como es aquí el caso.

NICOLE GIRON
Instituto Mora